



BORGES Y LOS OTROS

Lecciones de Harvard

Seis conferencias que se oyen como (des)conciertos, y un solo compromiso: la calidad verbal de ideas supremas, en «Arte Poética» (Editorial Crítica, Barcelona, 2001).

CARLOS ITURZA

Una rara vez de Borges a la hora de filosofar, en que no filosofa. ¡Díame!

Ciego, encapriciado, fantásticamente piadoso, y sin visiones que lo distingan, ni pierde rumbo ni tropieza en lemas, nomenclatura, superfluo. Su carrera no es el hunko intelectual, tampoco su gusto. Libre de especialidad, contrito, intente a tecnicismos, su memoria hoja libros esenciales no como profesor, sino como lector, buen lector, gran lector, lector genial en cuya conciencia surca de puntos cardinales conviven en continuo examen reciproco lo que se sabe y lo que se ignora. ¿Exponer? En humanidad no más. Con la puntilla humana. Sin variedad retórica, o crítica, piana sus lecturas de profundos, en una intimidad que aspiere la del acto lector, y cuya seriedad alcanza los confines de lo invisible. Una las palabras de todos, pero potenciadas a extremos de significación.

Lo suyo es la poesía. Su inquietud, aprehender y comprender los esquemas básicos del pensamiento, las posibilidades centrales de la existencia, son del que credea no en la curules de una secta. Elección o casualidad, sino en el rictus depurado de la com-

dos de conocer. Es que parece más estrecha métrica que estudiarla, esta poética. La aristocrática o la santana no causan igual deleite, aunque prodiguen algún otro, capitan como él de apóstoles.

Borges plora en voz alta, en inglés, en Harvard. En 1967 seis conferencias íntimamente grabadas, que han de jalo de ser inéditas. No son en rigor una poética, salvo que toda menos son otra cosa. No hay estudio sistemático de poesía, creación o estética, ni panorama de evolución o nuevo esquema... Cada una

Lleva un título académicamente, convencional, pero fluye sin convicción ni academia. Breves encuentros incógnitos con las secretas bellezas de un poema, el misterio de la poesía, la magistral indiscreción de la metáfora; revivir el amor ante el arte que personalizó aquel verso manuscrito, suplen los amos del medioeval donde sólo un sabio habría supuesto algo más que hallazgos acasos.

No tan espontáneo como charlando con Bioy, Borges tampoco dicta charlas. Relaja su conferencia a la proximidad de amigos que refecturan. En vez de cometer respuestas insidias preguntas con un saber considerado, lúcido de superintendencia, enaltecedor de sus oyentes al nivel de interlocutores. Se priva de dar soluciones y hace algo mejor: replantea viejos problemas, considerando parte de ellos la variedad de respuestas que han permitido. La poética cronológica de los temas añade un segundo libro a esta peculiar poética: una historia de la literatura inglesa. Suma fascinante.

¿Por qué fascina? Por inusual, cuando menos. Borges sólo tiene la tercia en la poética de la poesía, en lo literario de la literatura: nunca se enturbia con interloquios sociológicos, nunca acomete su análisis a categorías escolá-



CONFERENCISTA. — Hace el final de su vida, el escritor argentino fue invitado a dictar en la universidad más prestigiosa del mundo.

ficas, mucho menos a un sistema de categorías; nunca usa a Freud o sus mitos para sacar conclusiones que no sacara la lucidez por sí sola, y nunca omite el momento histórico que da razón de una cita, al revés, nada falta para la comprensión plena.

No detenemos en Lang, en De Quincey, sin atender a un solo tipo de motivos, sin testar a demostrar, en cada caso por su mérito, sin casualidad común perceptible, sin imponer ningún orden, ni querer hallar iguales evidencias una generación tras otra.

Fascinante sobre todo porque si algo gusta este momento, sería algo así como el ingreso, el más noble y alto. Tras un chisazo de Shaw, un destello de Meredith, un relámpago de Kipling. Del tejido que ideaba Stevenson a una palabra que inventara Joyce, de lo que Shakespeare hizo con sonetos a las raras imágenes de Chesterton...

A cargo de Wilde una travesía literaria sería en: turgencia de carajadas, repitidos o no. En Borges el ingreso es no sólo humorístico: también es el que provoca un estremecimiento, refusa una argumentación, da una vuelta de tuerca... incluso si no

hay fuerza ligada proyectada desde el genio. ¿Qué placer? Dejarse gozar por mano experta entre ingenuos generalidades, seleccionadas sólo como criterio que el de lo genio: el de la intensidad de su energía, la singularidad de su luz. De repente un esplendor como de imperio deslumbrante, de repente el chispa de un adjetivo que niega lo que afirma, de repente un rigo se proyecta del matiz que Borges añade a la comprensión de un antiguo verso, de repente la fosforescencia de un comentario al pasar — "Hay una dignidad en la derrota que difícilmente tiene la victoria..." —, iluminaciones que debemos a Borges.

Reservorio de hazañas del apil literario, poética de sero y no sero, compendio de literatura inglesa y repertorio de cuestiones comunes a toda literatura, refleja, en fin, indirectamente, indirectamente, la inspiración y los ideales, los valores estéticos y hasta los recursos técnicos con que Borges labó su propia obra. Art poética y sofisticada, jardín de senderos laberínticos en los que place poderse, y que sin embargo afluyen y corren hasta dar

allá muy lejos en el mismo principio, meta que también fue comienzo. La lección. No moral, sino racional y temperamental: una sola lección, pero absoluta, exclusiva, pero de amplitud cósmica; inclaudicable sin dogma. Clarividente, declarada y concretada lección a lo más humano del hombre, que pareciera ser el pensar, el liber

premiar. Lección a lo bello de la inteligencia y a lo inteligente de la belleza, lección a la memoria comprometida conscientemente con su propia lucidez, no supeditada jamás a ningún objetivo que la empobreciera por bienintencionado que fuese. No existe propósito ajeno a la lección — es decir al hombre sin atributos ni enriquecimientos —, capaz de aumentar la luminosidad de la palabra; al

Poética donde la literatura no es

serviente de nada, sino ama y señora.

En Borges el ingenio es no sólo humorístico; también es el que provoca un estremecimiento.

idad humana. El filósofo profesional, como hálito adiestrado, trabaja en la captura de su presa: el poeta, como alveto azorad, sólo goja. Cantar es su juego no su farsa; con el prospectivo adiestramiento de lo que le es congruente ya ha hecho lo suyo.

No es que Borges asejete a Kant — o el poeta al filósofo, como pensaron los griegos, cediendo a la intolancia de la preeminencia entre los es-

crévés, la opara y hasta la apaga cualquier sometimiento a fines obligadamente inferiores a ella. Nada puede hacerse con las palabras mejor y más útil que darle la libertad de decir sus secretos, y aunque eso ocurra al autor los repudios políticamente correctos padecidos por Borges, la vida solitaria del desterrado Ovidio, el aminor las venas por orden del poder de turno como Séneca. Poética de escritor que no menosprecia su tarea creyendo que debe legitimarla poniéndola al servicio de algo más respetable, en la ignorancia de que nada la hará florecer mejor el camino de los hombres que la pureza de su llama... Poética donde la literatura no es serviente de nada, sino ama y señora, pues sólo así puede realizar su tarea exclusiva, alumbrar el tiempo. Y claro, es Borges un ejemplo perfecto de su propia poética, de sus riesgos, de su dardadura luz.

Lecciones de Harvard [artículo] Carlos Iturra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Iturra, Carlos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Lecciones de Harvard [artículo] Carlos Iturra. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile